



*Las aventuras de*

# **El Genio Proscenio**

# **La desaparición de la Antorcha**



MERCÉ VIANA



—¡Cómo te chives, te la ganas!

—Oye tú, que yo no necesito hacer de correveidile para que los papás se enteren de que eres un camorrista...

—¿Camorrista, yo? ¡Serás gilipuertas! A ver, ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar, eh?

—Pues no sé, pero desde luego que no me hubiese echado a la yugular, ni la hubiera emprendido a puñetazos. ¿Te has dado cuenta de que le has dejado un ojo a la virulé?

—¡Que se fastidie! ¡Eso le pasa por llamarme Victito, cara de pito! Mi nombre es Víctor y punto.

—Peor sería que te llamaran Victorón, cara de culón, o Victucho, dientes de serrucho, porque con esa carita que...

—¿Quieres callarte? Si no fueras mi hermana te obligaría a tragarte esas palabras...

—¡Huy, señor Víctor, disculpe usted!

—Te lo advierto, déjate de cachondeo si no quieres llevarte un soplamocos, ¡tonto!

Víctor y Lucía son hermanos mellizos que, a pesar de las apariencias, no pueden vivir la una sin el otro.

Lucía es una niña muy alegre, un poco guasona y le encanta crispar a su hermano de vez en cuando.

Víctor, sin embargo, es serio y todo se lo toma muy a pecho. No entiende muy bien las bromas y, desde luego, no consiente que nadie haga burlas con su nombre. A veces es un poco impulsivo y si alguien se mete con él, no duda en responder sustituyendo las palabras por los puños o las patadas.

Los padres, Juan y Suni, sufren un montón cuando se enteran de algún altercado de este tipo, y reprenden al niño e intentan inculcarle el valor sagrado de la palabra y la necesidad del diálogo para resolver cualquier problema. Están convencidos de que la violencia solo genera más violencia.

Víctor y Lucía van a la escuela de su barrio. Un barrio muy tranquilo cuyas viviendas no suelen tener muchos

pisos y los vecinos se conocen entre sí.

Aquel viernes por la tarde, a la salida de clase, uno de los alumnos de un curso superior, conocido por todos como Pedro, alias el Camorra, le estaba esperando para provocarle, y no encontró otra que llamarle aquello de Victito, cara de pito. La respuesta del muchacho fue inmediata y, al momento, se enzarzaron en una pelea tremenda. Los demás chicos y chicas, lejos de separarlos, los animaban a uno o a otro, según a la clase que pertenecieran, a lanzarse más patadas en el trasero y más puñetazos en el resto del cuerpo. Tan solo Lucía y su perro *Topi* intentaron, cada uno a su manera, separar a los dos muchachos. La muchacha con gritos y *Topi* con ladridos.

—¡Retira lo que me has dicho, estúpido! —dijo Víctor sentado encima de Pedro, alias el Camorra.

—¡Vale, vale! Lo retiro —le contestó este, con el miedo metido en el cuerpo.

—¡jura que no volverás a decírmelo! —le exigió Víctor.

—Sssí, lo juro —le respondió el otro.

*Topi* era el perro de los dos hermanos. Lo encontraron tirado, hacía mucho tiempo, al lado de un contenedor de basuras, junto a otros tres perritos que ya no respiraban. El sobreviviente temblaba como las hojas de los árboles en un día de viento. Parecía no tener más de unas horas. Cuando los muchachos descubrieron que aún vivía, lo cogieron con cuidado y se lo llevaron a casa. Juan

y Suni escucharon los ruegos de sus hijos y, al ver el cachorro tan desvalido, lo acogieron con resignación.

Lo criaron con leche y se la daban como si fuera un bebé, con un biberón. Cuando pudo corretear, se convirtió en la sombra de Víctor y Lucía, acompañándolos a todas partes. Por la mañana los dejaba en la puerta del colegio y a la hora de salir, *Topi* los estaba esperando en el mismo sitio.

Después de la pelea, Víctor, que también había recibido lo suyo, quiso evitar que sus padres, que tenían una tienda de esencias olorosas, jabones prodigiosos y hierbas milagrosas justo debajo del piso donde vivían, le viesen en el estado en que se encontraba y:

—¡Anda, se buena y entra tú a

por la llave de casa. Diles a los papás que yo voy subiendo! —le pidió a su hermana.

—Vale, pero me debes una —le contestó esta.

Justo en el mismo momento en que el muchacho iba a entrar al portal, salió la madre de la tienda.

—¡Oh, no! —exclamó aterrorizada—. ¿Otra vez?

—Lo siento, mamá, pero yo no he tenido la culpa. Un tonto de los mayores ha comenzado a insultarme y yo...

—¡Y tú, como siempre, en lugar de hablar las cosas comienzas a atizar, ¿no?

—¿Y qué quieres que haga? No estoy dispuesto a que nadie se meta conmigo, ¡ya lo sabes!



—¡Víctor! ¡Cuidadito con esa lengua!

El niño calló de pronto, bajó la mirada y dijo unos segundos después:

—Perdona, mamá, pero estoy muy nervioso. ¿Puedo subir a cambiarme?

La madre le miró con ternura. Ella sabía que su hijo era sincero, que era incapaz de comenzar una pelea y entendía lo difícil que podía resultarle seguir sus consejos. El diálogo no era precisamente la característica más practicada por el género humano. Si resultaba difícil para un adulto, ¿cómo no iba a serlo para un niño?

—Sí, hijo, sí —contestó suavizando el tono de voz—. ¡Venga, subid a casa y merendad! Cuando acabéis, arregláis la cocina y salís un rato. Hoy es viernes y los deberes pueden esperar.

Los chicos subieron a casa, se asearon y merendaron un buen bocadillo de salchichón y chorizo. Sin embargo, a Víctor no se le acababa de pasar el malestar interno que tenía. Por un lado se sentía un poco culpable por haber peleado, pero por otro creía que aquella era la única manera de que el chulo de Juan dejara de una vez de meterse con él. No era la primera vez que lo hacía. La primera, unos días atrás, tuvo que apretar los puños para no lanzarse contra él, pero su hermana le insistía y le insistía en que no valía la pena. Tuvo que oír, cuando se alejaba, los «co-co-rocó» que le cacareaba ante las risas de los de su grupo. La segunda ocurrió el día anterior, por eso se prometió que si había una tercera, las cosas no iban a ser igual.

—¡Venga, vamos a dar una vuelta! Verás como te distraes y se te olvida lo que ha pasado —le propuso su hermana.

—No, no tengo ganas —le contestó—, me voy a poner la tele.

Aquella tarde no fue precisamente una tarde alegre para nadie, ni tan siquiera para *Topi* que, como si conociese el estado de ánimo de su amo, no se movió de sus pies, lanzando de vez en cuando un pequeño gemido en señal de solidaridad.

A la mañana siguiente, los dos hermanos, como todos los sábados, desayunaron más tarde que de costumbre y se fueron a pasear a *Topi*. Siempre dejaban al perro que oliera sus rincones, que mojara los árboles de siempre, que corriera para recoger el objeto que le lanzaban... De

pronto, a la entrada del parque, *Topi* se puso a ladrar y a saltar delante de una papelerera llena de basura, producto de alguna juerga de la noche anterior:

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué ladras de ese modo? —le preguntó Víctor—. Anda, vámonos.

—Seguro que ha olido algún resto de jamón. Ya sabes que lo vuelve loco —dijo Lucía—. Sigamos andando que ya nos alcanzará.

Comenzaron a caminar, pero el perro seguía ladrando cada vez con más ímpetu. Miraba a sus amos y, a continuación, a la papelerera. Saltaba y volvía a saltar.

—Yo creo que *Topi* ha visto algo raro. Volvamos a ver qué pasa —propuso el muchacho.

—Como quieras, pero sigo pensando que se trata de algún resto de jamón y yo no pienso meter la mano entre tanta basura, que te quede clarito —le contestó Lucía.

Cuando llegaron junto al perro, comprobaron que este, sin dejar de mover el rabo, los miraba de una manera distinta, especial. Se aproximaron a la papelera y oyeron algo parecido a un canto, casi imperceptible, que salía de la misma. Los dos hermanos se miraron con extrañeza, pero también con curiosidad y, acercándose más a aquel montón de inmundicias, dedujeron que aquellos cánticos procedían de una lata de cerveza medio vacía.

La cogieron con cierta aprensión y la agitaron. De pronto:

—¡Eh! ¿Quién es el bruto que,



hip, se atreve a agitar este marr endiablado? Ya solo me faltaba, ¡hip!, ahogarme dentro de esta gigantesca mazmorra oceánica.

El muchacho, asustado, soltó la lata.

—¡Mira qué bien!, ¿ahora, hip, dejas caer esta prisión náutica? Anda, seas quien seas, ¡hip!, cógeme y libérame, que yooo sabré corresponderte... te lo, ¡hip!, juuro.

—¿Esto nos está ocurriendo de verdad? —dijo el muchacho, mirando a su hermana.

—¡No te fastidia, hip, pues claro que está pasaaando! Anda, sácame de una vez. ¡Y hazlo, hip, ya, rediez, que me encuentro cada vez más, hip, mareado! —se volvió a oír la voz.

Lucía cogió la lata y, metiéndose-la en uno de los bolsillos de la parka, le dijo a su hermano:

—Volvamos a casa que aquí hay gato encerrado. Allí la abrimos con un abrelatas.

—Oye, niñaata, ¡hip!, deslenguada que a mí, ¡hip!, nadie, ¿te enteras?, nadie hasta ahora se ha atrevido, ¡hip!, a llamarme gaato —se oyó de nuevo decir a la voz.

A punto estuvo la muchacha de estampar la lata, pero la curiosidad pudo más que el miedo interno que empezaba a invadirla.

Ya en la tienda:

—¡Qué pronto habéis vuelto! ¿Pasa algo? —dijo la madre.

—¿Qué va a pasar? Es que... vamos a recoger una cosa. ¿Nos dejas la llave?

—Aquí la tenéis, por cierto, ¿habéis arreglado vuestro dormitorio?



—¡Síííí! Todos los sábados la misma cantinela —dijeron los chicos con resignación.

Una vez en casa, se dirigieron a la cocina y cuando abrieron la lata de cerveza: ¡PLOF!, una diminuta figura salió disparada de su interior, y se estampó en el techo. El golpe hizo que cayera al suelo como si fuera de plomo y, un par de segundos más tarde, aquella forma minúscula comenzó a crecer y a crecer hasta convertirse en un ser de tamaño normal.